



DIA VI.º

JESUCRISTO DEPUESTO
DE LA CRUZ.

*Et aspicient ad me , quem confixe-
runt , et plangent cum planctu quasi
super Unigenitum , et dolebunt su-
per eum , ut doleri solet in morte
primogeniti.*

Zachar. XII. 10.

SEÑORES:

A cada instante parecen multipli-
carse los dolores que en el corazon de
María grabaron los tormentos de su
Unigénito , muerto sobre un duro le-
ño por nuestros pecados. Entregado
con inhumanidad á una muerte ig-
nominiosa , descoyuntado su cuerpo,

sus pies y manos horadadas , inclina-
da su cabeza , el costado abierto , y
derramando de sus heridas la sangre
en abundancia , coronado de agudas
y penetrantes espinas , pálido el ros-
tro , y sin especie ni hermosura , muer-
to en fin el Autor de la vida y Sobe-
rano de la naturaleza ; hé aqui el
triste y lamentable objeto que se pre-
senta en esta hora á los ojos de nues-
tra fe , y el sagrado depósito que Jo-
sef y Nicodemus colocan entre los
brazos de María antes de darle se-
pultura.

¿Qué os parece , señores , de la
afliccion de esta tierna y afectuosa
Madre á vista de semejante espec-
táculo , el mayor , el mas trágico de
todos los siglos ? ¿Cuál seria su llan-
to , cuán abundantes sus lágrimas so-
bre el cadáver de este su Unigénito ,
crucificado por envidia ? Sí , ¡ horrible
monstruo ! tú le entregaste en manos
de sus enemigos ; tú fuiste el prin-
cipal artífice de esta trágica escena ;

tú eres la causa de la ruina de infinito número de almas ; tú fuiste , para decirlo de una vez , uno de los mas duros instrumentos que penetraron el corazon de María al pie de la cruz , por el estrago que causaste en su Unigénito , y el que diariamente causas en los hijos adoptivos de sus dolores. Dos breves reflexiones que dividen justamente la materia , y que paso á exponeros con la posible brevedad. Pidamos la bendicion de aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Cuando afirmo que la envidia fue el principal artífice de la trágica escena del Calvario , no debeis mirar esta asercion como una paradoxa , hija de mi entusiasmo. Es una verdad constante , enunciada por los padres , y apoyada en las sagradas escrituras. El Nazianzeno dice , que la envidia es el principio de los males , madre de la muerte , primera puerta del pecado , raíz de los vicios , origen de

los dolores , padre de la calamidad , causa de la inobediencia , clavo que penetra el alma. Cristo , como San Agustin se explica , fue crucificado por envidia , y por tanto el envidioso de su hermano crucifica á Jesucristo. ¿ Pero qué mucho ? ¿ No sabemos por el evangelio , que conoció el mismo Pilatos que los judíos lo habian entregado por envidia ? Además ¿ qué significan aquellas palabras de los escribas y fariseos , que hablando de Cristo , dicen : ¿ qué hacemos ? porque este hombre hace muchos prodigios. Es pues innegable que la envidia , que tanto contribuyó á la muerte de Jesucristo , fue uno de los principales artífices de los dolores de su Madre.

Al ver pues muerto al Hijo de sus entrañas , tan desfigurado su adorable cadáver á impulsos de la envidia y de la inhumanidad de aquel pueblo ingrato , y colocado en sus brazos como gusano y no hombre , oprobrio de los hombres , y desprecio

de la plebe, según la expresión de un profeta, me parece la oigo exclamar con David al saber la muerte de Absalon: ¡ó Hijo de mis entrañas! ¡ó si se me hubiera concedido que muriese yo por vos, para no sobrevivir privada de vuestra luz por un momento! Las aguas de esta tribulación han penetrado hasta lo íntimo de mi alma. Mi corazón se ha derretido como una blanda cera; mis fuerzas me han desamparado, porque ha desfallecido mi luz, y ya no está conmigo. Viadores, ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor?

Colocado sobre las rodillas de esta nueva Sunamitis el sagrado cadáver de su Hijo, diria con el profeta Zacarías: ¿qué llagas son estas que tienes en medio de tus manos? tus pies, no ya con grillos como los del antiguo Josef, sino penetrados con unos duros clavos, y tu costado abierto, como el pelí-

cano del desierto. ¿Son estas las delicias que os prometiais entre los hijos de los hombres? ¿Así han pagado estos tus inmensos beneficios? ¡O fiera pésima de la envidia! tú has devorado á mi querido Hijo. La sinagoga, la impia sinagoga su madre, que tantas veces le ha visto curar á sus enfermos, dar vista á los ciegos, sanar los coxos y tullidos, y resucitar los muertos, la sinagoga devorada de envidia, como otro Caín, ha quitado la vida á este inocente Abel.

Mientras inundan su alma compasiva las furiosas olas de esta horrible tempestad, besa María, dice S. Germán, las llagas de pies y manos de su amabilísimo Redentor, las riega con sus lágrimas, adora la llaga del costado, de donde salieron los Sacramentos de la Iglesia para expiación de las culpas del linage humano, y abrazando aquella sagrada cabeza, llena toda de

heridas, y sembrada de penetrantes espinas, la estrecha en su regazo, limpia el divino rostro con sus tocas, y anegada y como fluctuando en un mar de afliccion, me parece la oigo clamar con el Profeta: ¡mi Dios y Protector! mira el rostro de tu Cristo. ¡Padre y Señor Eterno! como la hace hablar San Bernardo, desde tu santuario y habitacion excelsa de los cielos mira el cuerpo que formaste á tu Hijo, convertido por envidia en una vasta llaga. Esta fiera pésima lo ha devorado, en su furor ha pisado su vestido, ha manchado toda su hermosura con la sangre de sus venas: hé aqui, Señor, cinco llagas lamentables que ha dexado en él la crueldad de este monstruo. Es pues constante, señores, que la envidia fue uno de los principales artífices de los dolores de María sobre el monte Calvario, ya se atienda á la muerte cruel é ignominiosa que maquinó y

executó en su adorable Hijo, ya á los funestos efectos que causa en el alma cristiana; es decir, en los hijos de su dolor. Segunda reflexion.

II. La envidia, dice S. Agustin, es una especie de ódio de la agena felicidad. El igual tiene envidia del igual porque lo es; el inferior envidia al superior porque se le aventaja; el superior envidia al inferior porque teme se le iguale. De aqui se infiere que es un vicio trascendental á casi todo el género humano, y como primera puerta del pecado. En efecto, por la envidia del diablo, dice el Sabio, entró la muerte en el mundo, y los que son sus partidarios le imitan. Vicio verdaderamente abominable, que hace al hombre ingrato á Dios, injusto al próximo, y cruel á sí mismo: tres odiosos caracteres, artífices de la muerte de Jesucristo y de los dolores de su Madre. Reflexemos.

El hombre solo tiene de suyo

la muerte y el pecado. La vida, los dotes de naturaleza, los talentos, los bienes espirituales y temporales, todo viene de Dios, de quien desciende todo don perfecto. Su sabiduría é infalible Providencia, por un efecto de su bondad, ha comunicado á cada uno sus dones segun su beneplácito. Nadie pues tiene derecho á redargüirle porque le ha dado menos que á otro. Contentos con lo que se ha dignado darnos por mera liberalidad, exíge de nosotros por título de justicia la gratitud á sus beneficios, sin que jamás nos sea lícito envidiar los que ha comunicado á nuestros hermanos. Esta sería la ingratitud más detestable.

¿Qué teneis, mortales envidiosos, qué teneis que no hayais recibido de Dios? ¿Porqué pues envidiais la felicidad agena, que viene de la misma mano? ¿Qué os debe el Señor? ¿Por ventura el no haberos

confundido ya en el abismo en castigo de vuestros pecados? ¿No me es lícito, dice Jesucristo, hacer mi voluntad? ¿Qué porque yo soy bueno, son malos vuestros ojos? ¿Qué suspirais, ingratos envidiosos, vuestro propio mal, ó el bien ageno? Recibid con accion de gracias lo que Dios se digne daros por un efecto de su bondad, y venerad su divina Providencia, que misericordiosamente os sostiene, sin deberos nada. Humillad pues vuestro corazón, reconoced de buena fe, que por vuestra propia vileza solo sois acredores á la ira de Dios, que si no os ha confundido aún, es porque os espera á penitencia de un crimen que propiamente es diabólico; que envolvió al mundo en su ruina; que maquinó y executó la muerte del Criador; que diariamente la obra en vuestros corazones, y que os hace en fin ingratos á Dios, é injustos á vuestros hermanos.

2 La envidia se comete de dos modos, ó por medio de una injusta tristeza, que abrigamos en el corazón al ver la felicidad de nuestro próximo, cuyo bien miramos como una disminución del nuestro; ó por medio de una pérfida alegría que concebimos al ver el mal espiritual ó temporal acaecido á nuestro hermano. En dos palabras, la envidia consiste en alegrarse del mal, y entristecerse del bien del próximo. Pecado luciferino, como S. Agustín lo llama, opuesto inmediatamente á la caridad, alma y nervio del cristianismo; raíz de todos los males, como se explica S. Cipriano; seminario de los delitos, y origen de toda injusticia. De este manantial infecto dimana el ódio y el orgullo; de aquí toma fomento la avaricia, la ira, la sevicia, la crueldad, la perfidia. Horrible monstruo de la envidia, cuántos lúgubres monumentos

de tu injusticia no has erigido en todos los siglos! Abrid esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y hallaréis innumerables justos sacrificados ó perseguidos por la envidia, porque sus obras eran justas. Aquí vereis á un Caín, primer homicida, quitando la vida á su hermano Abél, porque las obras de éste eran justas, y malas las de aquel, como S. Juan se explica. Allí vereis á Esaú, que aborrece á su hermano Jacob porque su padre le había dado las bendiciones del cielo y de la tierra. Aquí vereis al patriarca Josef aborrecido de sus hermanos, despojado por ellos de su túnica, arrojado en una cisterna, y vendido por envidia á los ismaelitas. Allí vereis á Daniel arrojado al lago de los leones por la implacable envidia con que lo miraban los sátrapas de Darío. Aquí vereis á David, este príncipe formado según el corazón de Dios,

aborrecido y perseguido de muerte por la inexorable envidia de su suegro Saúl. Allí vereis los sangrientos atentados que la envidia hizo cometer á Joab contra Amasa y Abner, y los que el soberbio Amán preparaba contra el justo Mardoqueo. Aquí...

¿Mas para qué me canso en amontonar tantos funestos trofeos del monstruo de la envidia? ¿Ignorais por ventura, dice un padre de la Iglesia, que la envidia fue el origen de la caída del mundo, y de la muerte de Cristo? ¿Ignorais que en el principio del mundo fue satanás el primero que pereció por envidia, y el que induxo á pecar al primer hombre? ¿Ignorais, para decirlo de una vez, que los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y escribas aplicaron por envidia al ignominioso suplicio de cruz al verdadero Mesías?

¿Y pereció, os ruego, este hor-

rible monstruo de la envidia en aquellos primeros siglos del mundo? ¿Terminaron sus injusticias en la muerte de Cristo? ¡Ah! ¿quién de vosotros está libre de sus mortales mordeduras? Raquél envidia á Lia porque no tiene hijos; Lia porque es lagañosa envidia la salud y hermosura de Raquél. Si el cielo llena de sus bendiciones á alguna familia; si á expensas de su trabajo ó de su industria inocente veis florecer una casa; si veis aumentarse los bienes de un hombre piadoso, tal vez por fruto de su moderacion, ó ahorro de luxo y de vanidad; si vuestros hermanos logran reputacion, dignidades, empleos honoríficos; si veis florecer en abundantes cosechas los campos de vuestros vecinos, ¿con qué ojos mirais estos bienes, estas débiles prosperidades? Os doleis (confesadlo de buena fe), murmurais, y os falta poco para acusar á la divina Providencia que les ha con-

cedido estos beneficios , como si los bienes que ellos han recibido fuesen un verdadero mal vuestro. ¡Enfermedad mortal! ¡vicio abominable! que os hace injustos á vuestro próximo, y crueles á vosotros mismos.

3 El envidioso, dice S. Próspero, convierte en propio suplicio el bien ageno....se alegra de los males del próximo, y siente su bien. Por este medio convierten los envidiosos en pecados propios los bienes agenos. Ellos, segun la expresion de S. Isidoro, se dañan primero á sí mismos, y se muerden....La envidia embarga su razon, abrasa su pecho, y como cierta especie de peste devora su corazon. De aqui infiere S. Buenaventura, que como todas las cosas cooperan al bien de los que aman á Dios, asi todo, aun lo bueno, contribuye al suplicio del envidioso. ¡Hombre miserable! cualquiera que seas, exclama S. Cipriano, tú solo procuras ofender al que

aborreces; pero es á ti principalmente á quien dañas: á quien envidias podrá huir, ú ocultarse de ti; ¿mas cómo huirás de ti mismo? Donde quiera que fueres llevas contigo á tu adversario. El enemigo está siempre en tu pecho....ligado con indisolubles cadenas te tiene cautivo la envidia, é incapaz de admitir consuelo....porque es una calamidad sin remedio aborrecer y envidiar al que es feliz.

Esta cruel enfermedad del ánimo, que convierte al hombre en demonio, segun el Crisóstomo, esta especie de espada con que solicitas herir á tu próximo, es á ti principalmente á quien infiere el daño. ¿Qué mal, sigue este padre, hizo Caín á su hermano Abél? Es verdad que le quitó la vida. Mas por este medio, aunque contra la voluntad del fratricida, ¿no pasó Abél á una vida felicísima, quedando Caín envuelto en la infinidad de males que trae

consigno la desesperacion? ¿Qué daño causó Esaú á Jacob? ¿La envidia de aquel impidió á éste los efectos de la bendicion paterna? Por el contrario Jacob quedó rico y amado de Dios, y Esaú, perdida la herencia, vivió y murió infelizmente. ¿Qué daño causó á Josef la envidia de sus hermanos? ¿No vino al fin á ser dueño de Egipto, al paso que ellos se vieron reducidos á la mayor necesidad y afliccion? Por manera, concluye este padre, que cuanto es mayor la envidia contra tu hermano, tantos mas bienes le procuras; pues Dios que ve todas las cosas, patrocina al inocente, y lo exálta, á proporcion que tú procuras oprimirlo. ¿Qué mas? Todo es ocasion de tormento para el envidioso. La ambicion y la avaricia, dice un sabio, no siempre atormentan el corazon que dominan. En intervalos producen cierta especie de consuelo, que aunque faláz, no dexa de dul-

cificar el ánima. Mas la envidia no permite esta suerte de intervalos. Su accion es continua, y á cada instante la incitan é irritan mil cosas. La prosperidad del enemigo ú del rival, la posesion de algun bien, alguna donacion ó herencia, sus alabanzas, el premio de sus servicios, el empleo honorífico &c. ¿no son otros tantos tormentos y crueles verdugos que despedazan el corazon del envidioso? Al idioma secreto de vuestro interior ápele, esclavos miserables de la envidia. ¿No miráis como propio suplicio el bien de otros? ¡Ah, ingratos á Dios, injustos con vuestros hermanos, y crueles con vosotros mismos, os anticipáis el infierno en esta vida, viviendo sin caridad, sin quietud y sin consuelo!

Hé aqui, señores, el estado infelíz de la mayor parte de los hombres; hé aqui uno de los agudos dolores que penetraron el corazon

134 SEPTENARIO

de María sobre el monte Calvario; hé aqui, para decirlo de una vez, el vicio capital que atraxo al mundo la ruina del pecado, el origen de todos los males que lo inundan, el artífice principal de la muerte de Jesucristo, y de la condenacion de infinito número de almas, que fueron los dos poderosos motivos de la afliccion de nuestra Madre dolorosa.

Huid pues, hermanos míos, del pestilente y venenoso aliento del horrible monstruo de la envidia. Presida el amor de Dios y la caridad fraterna en vuestros corazones. Contentos con lo que el Señor nos da, bendigamos su mano liberal y benéfica, y adoremos su divina Providencia en lo que ha distribuido á nuestros hermanos, sin ser curiosos investigadores de la magestad, que todo lo dispone en número, peso y medida. Sed, os ruego, fieles á vuestra vocacion, dóciles á

DE DOLORES. 135

la voz de Dios, que os intima la caridad mútua, para que unidos en perfecta sociedad en esta vida, merezcamos la eterna de los santos. Amen. DIXE.

